

Mucho ojo con la empatía

Quien predica la empatía indiscriminada no tiene ni idea de lo que es la empatía: o es un demagogo o no la ha practicado



Nadal sostiene el trofeo del US Open 2019.
TIM CLAYTON (CORBIS/ GETTY)



JAVIER CERCAS

30 MAR 2024 - 05:40CET

🗨️ f X in 🔗 146 🗨️

Es la palabra de moda, sobre todo entre nuestros políticos, que predicán la empatía para todo el mundo, a todas horas y en todas partes. Hace años, cuando nadie usaba la palabra, la reivindicué en esta columna [a propósito de un diálogo entre dos novelistas: J. M. Coetzee y Paul Auster](#). Natural:

empatizar con alguien significa comprenderlo, sentir a fondo con él, ponerse en su piel, y a eso nos dedicamos los novelistas: a identificarnos con todos, incluidas por supuesto las bestias más inmundas. También lo hacen los actores: [Laurence Olivier, digamos, con el Ricardo III](#) de Shakespeare; Al Pacino con el Michael Corleone de *El padrino*; Javier Bardem con el Anton Chigurh de *No es país para viejos*, o Juan Diego con el señorito Iván de *Los santos inocentes* (o el Franco de *Dragon Rapide*). Eso es empatía.

Pero eso es también ficción. En la realidad, las cosas cambian: aquí conviene administrar la empatía, controlarla, fijarle unos objetivos dignos y unos límites razonables, en particular por parte de quienes, a base de tanto practicarla en la ficción, olvidamos que la realidad funciona con otras reglas y que, en ella, lo bueno llevado al extremo casi siempre se convierte en malo. Un ejemplo. Hace años publiqué una novela sobre un periodista fracasado que se llamaba como yo y que encontraba una forma de redención contando las vidas paralelas y contrapuestas de un olvidado jerarca falangista y un anónimo soldado republicano; la novela tuvo un éxito imprevisto, y empezaron a llamarme periodistas fracasados en busca de redención. Feliz con la acogida del libro, yo estaba encantado de cenar con ellos y escuchar sus penas, de compartirlas y solidarizarme con sus fracasos. En vano intentaba explicarles, sin embargo, que aquella novela no era un reportaje, como decía su narrador, sino una ficción —del mismo modo que el inventor de don Quijote y [Sancho no es un árabe llamado Cide Hamete Benengeli](#), aunque el narrador del *Quijote* diga que sí lo es—; en vano intentaba explicarles que, aunque el narrador de la novela lleva mi nombre, no soy yo —del mismo modo que el yo inventado de un poema no es el yo real del poeta—. Todo inútil: no había forma humana de convencerlos de que el protagonista de la novela no es un servidor, y acabábamos a las cinco de la mañana, yo seguro de ser un periodista fracasado y los dos fundidos en un abrazo, llorando y borrachos como cubas, igual que si fuéramos personajes de Dostoievski. En definitiva: una calamidad que a punto estuvo de hundirme en el alcoholismo. ¿Y qué decir de mis problemas de empatía con Rafa Nadal? Baste recordar que alguna vez he estado hablando sobre literatura ante un público atentísimo y generosísimo mientras, por debajo de la mesa, de vez en cuando consultaba en mi móvil el resultado de un partido de primera ronda entre Nadal y Kudla en el Abierto de Acapulco. ¡Qué vergüenza, Dios santo! Recuerdo la final del US Open 2019, que Nadal jugó contra Medvedev. Rafa ganó los dos primeros sets, pero el ruso lo barrió en los dos siguientes y empezó ganando el quinto, imparable. Era la una de la madrugada y yo estaba tan taquicárdico, viendo que se nos escapaba la final, que pensé que iba a darme un síncope; así que tuve que tomarme un

tranquimazín y meterme en la cama, dando por hecha la derrota de Nadal. Pero, pese al ansiolítico, hacia las tres o las cuatro me despertó la ansiedad y, con el corazón en la garganta, consulté el móvil: el cabronazo había ganado, y yo me puse a pegar saltos de alegría en mi dormitorio a oscuras, hasta que desperté a mi mujer, convencida de que acababa de estallar la III Guerra Mundial. [Alcaraz, óyeme bien: te va a seguir tu abuela.](#)

Así que mucho ojo con la empatía. En la ficción, ancha es Castilla; pero la realidad, insisto, es otra cosa: aquí, bien dosificada es genial, pero cuidadito con identificarse con monarcas sanguinarios, mafiosos neoyorquinos, psicópatas de pesadilla, señoritos carpetovetónicos o dictadores eternos, que puedes acabar votando a Vox o JuntsxCat. En suma, quien predica la empatía indiscriminada no tiene ni idea de lo que es la empatía: o es un demagogo o no la ha practicado nunca.